







Al salir con mi equipo, pude ver la cara alborozada del muchacho a quien el australiano Scott Fardy había regalado su casqueta azul. Tendría doce años y la llevaba puesta, empapada de sudor y agua. No puedo negar que le miré con envidia. Bienvenido a la secta, chaval...

Desde ese lunes siguiente a las finales, todos esos afortunados medio afónicos serán los encargados de expandir la afición entre los suyos. Intuyo que hoy nuestro deporte sigue siendo para una minoría, una afición de pago (no como en los democráticos tiempos de la 2). Si no perteneces a la banda, si tu padre, tu madre, tu tío o tu hermano no juegan o no han jugado, llegar a correr con un balón en las manos o patear a touche, seguirá siendo algo tan quiijotesco como lo fue en nuestra época. Tal vez por eso, disfrutamos tanto aquel sábado en Bilbao. Esa tarde lluviosa tuvimos la evidencia de que no estamos solos. De que nunca estuvimos solos.

*[Fotos: Manu Cecilio / Borja Agudo / El Correo].*